

Nuestros primos lejanos

Lord Dunsany

Fui elegido miembro del club al que pertenece Jorkens. El Club del Billar se llama, aunque allí no se juega mucho al billar. Fui allí mucho antes de volverme a encontrar con Jorkens; y escuché muchas historias después del almuerzo, cuando nos sentábamos alrededor de la lumbre; mas, de una forma u otra, en todas ellas parecía faltar algo, sobre todo para quien esperara una de las de Jorkens. Uno ha oído relatos de muchos países y de muchos pueblos, algunos de ellos bastante extraños; y, sin embargo, en el preciso momento en que la historia promete captar tu interés, echas en falta algo. O tal vez haya demasiadas cosas; demasiados hechos, un excesivo respeto a la veracidad e imparcialidad, que conduce a muchos a meter todo en sus cuentos, con independencia de su interés, simplemente porque es verdad. Con esto no quiero decir que los relatos de Jorkens no sean verídicos, circunstancia que, hasta cierto punto, su biógrafo sería el último en sugerir; sería injusto con un hombre con el cual me he divertido tanto. Ofrezco sus palabras tal y como salieron de sus labios, hasta donde puedo recordarlas, y dejo al lector que juzgue por sí mismo.

Bien, sería la quinta vez que iba al club cuando comprobé con gran alegría que se encontraba presente Jorkens. No estuvo muy comunicativo durante el almuerzo, ni durante algún tiempo después; y hasta que no estuvo un buen rato sentado en su sillón habitual, con su whisky con soda a mano sobre una mesita, no empezó a hablar entre dientes. Yo, que me había creído en la obligación de sentarme a su lado, era uno de los pocos que podían oírle.

–Existe mucha charla insustancial –estaba diciendo– en los clubes. La gente cuenta cosas, mas no las precisa.

–Sí –dije–. Supongo que hay bastante de eso. No debería ser así.

–Por supuesto que no –dijo Jorkens–. Voy a ponerle un ejemplo. Hoy mismo, antes de que usted llegara, oí que un hombre le decía a otro (ahora se ha ido, por tanto no importa quiénes fueran): "No hay nadie que cuente historias más increíbles que Jorkens". Simplemente porque no ha viajado, o, si lo ha hecho, se ha limitado a las carreteras, caminos y ferrocarril, simplemente porque nunca se ha apartado de las sendas trilladas, cree que las cosas que yo puedo haber visto centenares de veces sencillamente no existen.

–¡Oh!, en realidad no es posible que haya querido decir eso –añadí.

–No –dijo Jorkens–, pero no debería haberlo dicho. Para probarle, pues da la casualidad de que puedo hacerlo, que ese comentario es rotundamente inexacto, podría mostrarle a un hombre que vive a menos de una milla de aquí, que cuenta historias más increíbles que las mías; y da la casualidad de que son completamente verídicas.

–¡Oh!, de eso estoy seguro –dije yo, pues Jorkens estaba claramente enojado.

–¿Le importaría venir conmigo a verle? –dijo Jorkens.

–Bueno, francamente preferiría oír una de sus propias historias sobre cosas que ha visto –dije–, si es que usted quiere contarme alguna.

–No hasta haber aclarado esa afirmación inexacta –dijo Jorkens.

–Bueno, en ese caso iré con usted –añadí yo.

De manera que abandonamos juntos el club.

–Tomaría un taxi –dijo Jorkens–, pero da la casualidad de que me he quedado sin cambio.

Aunque en otra época Jorkens había sido un gran paseante, no estaba muy seguro de que en aquel momento estuviera capacitado para caminar una milla. Así es que llamé a un taxi, insistiendo Jorkens en que le prestara el dinero con que pagarlo, ya que era él, dijo, el que me llevaba a mí. Fuimos hacia el este y pronto llegamos a nuestro destino, donde Jorkens, generosamente, quedó en deuda conmigo al pagar el importe del taxi.

Era una pequeña casa de huéspedes más allá de Charing Cross, y una criada nos hizo subir hasta una habitación sin alfombrar. Allí estaba Turner, el amigo de Jorkens, un hombre probablemente en la treintena todavía, aunque obviamente fumaba demasiado y eso le hacía parecer un poco mayor; además, tenía el pelo completamente blanco, lo que le daba un extraño aspecto venerable a su rostro, que por alguna razón parecía inadecuado a él.

Se saludaron mutuamente y fui presentado.

–Ha venido a escuchar su historia –dijo Jorkens.

–Usted sabe que nunca la cuento –respondió Turner.

–Lo sé –dijo Jorkens–, no la cuenta a los estúpidos que se ríen de todo. Pero él no es uno de éstos. Él puede notar cuándo un hombre está diciendo la verdad.

Se miraron el uno al otro, pero Turner todavía parecía indeciso, todavía parecía aferrarse a la reticencia de un hombre del que a menudo se había dudado.

–No se preocupe –dijo Jorkens–. Le he contado montones de historias propias. No es uno de esos estúpidos que se ríen de todo.

–¿Le ha contado la de Abu Laheeb? –preguntó de repente Turner.

–¡Oh, sí! –respondió Jorkens.

Turner me miró.

–Una experiencia muy interesante –añadí yo.

–Bueno –dijo Turner, cogiendo otro cigarrillo entre sus sucios dedos–, no importa que se la cuente. Tome una silla.

Encendió su cigarrillo y comenzó a hablar.

–Ocurrió en 1924; cuando Marte estaba más cerca de la Tierra. Despegué del aeródromo de Ketling y estuve fuera dos meses. ¿Dónde se imaginan que estuve? desde luego no tenía gasolina suficiente para volar más de dos meses. Si caí, ¿en qué lugar ocurrió? Es asunto suyo averiguarlo y probarlo; y, si no, creerse mi historia.

1924 y el aeródromo de Ketling. Ahora me acordaba. Sí, un hombre pretendió haber volado hasta Marte. Al principio había sido reacio a hablar del asunto, a causa del horror que había presenciado; no había concedido entrevistas frívolas, estuvo terriblemente solemne, y de esa manera alentó dudas de que otro modo se habría evitado y que le amargaron el carácter y le abrumaron con insistencia.

–Sí, lo recuerdo, desde luego –dije yo–. Usted voló a...

Me enviaron por correo miles de cartas llamándome embustero –dijo Turner–. De manera que después de eso me negué a contar mi historia. En cualquier caso no me habrían creído. Marte no es realmente lo que creemos.

Bien, eso es lo que sucedió. Había pensado en el asunto desde que me di cuenta de que los aeroplanos podían hacer la travesía. Pero comencé mis cálculos hacia 1920, cuando Marte se aproximaba a la Tierra, convencido de que en 1924 sería posible el vuelo. Trabajé ininterrumpidamente en ellos durante tres años; todavía guardo las cifras: no le pediré que las lea, la única base de mi trabajo era que solamente existía una fuerza motriz capaz de llevarme hasta Marte antes de que se me acabaran las provisiones: el propio movimiento de la Tierra. Un aeroplano puede hacer más de doscientas millas por hora, y el mío casi alcanzaba las trescientas sólo con la hélice;

además, tenía un sistema de propulsión que aumentaba progresivamente su velocidad en grado sumo; la Tierra, que está a noventa y tres millones de millas del Sol, da una vuelta a su alrededor en un año, y nada de lo que conocemos sobre su superficie ha alcanzado nunca semejante velocidad. Mi gasolina y mis cohetes de propulsión eran simplemente para vencer la atracción de la Tierra; lo que impulsaría mi vuelo sería la misma fuerza que en este momento le traslada a usted en su silla a razón de unas mil millas por minuto. Ese impulso no se pierde al abandonar la Tierra; permanece con uno. Y, con mis cálculos, yo trataba de dirigirlo, comprobando que ese impulso únicamente me llevaría a Marte cuando Marte se encontrara frente a nosotros. Desgraciadamente Marte nunca está realmente enfrente, sino un poco a la derecha, y tuve que calcular bajo qué ángulo a la derecha de nuestra órbita debía despegar mi avión para que el empuje combinado de mi pequeño aparato y de los cohetes, y el considerable impulso de la Tierra, me proporcionaran la dirección correcta. Para conciliar todas las fuerzas que se oponían a mi viaje, tenía que ser tan preciso como si apuntara con un rifle. Con una ligera ventaja por mi parte: el objetivo atraería cualquier proyectil que se desviara de su trayectoria.

Pero, ¿cómo regresar? Eso redobló la complejidad de mis cálculos. Si el movimiento propio de la Tierra me lanzaba hacia adelante, igual haría el de Marte. Únicamente debía esperar a que estuviera otra vez frente a la Tierra. ¿Adónde me llevaría ese impulso de Marte?

Observé un conato de duda en el rostro de Jorkens.

—Pero era bastante simple —continuó Turner—. Como nuestro planeta se encuentra más cerca del Sol (a unos noventa y tres millones de millas, mientras que Marte está a unos ciento treinta y nueve millones), su órbita alrededor de aquél es menor. En consecuencia, pronto debía pasar otra vez por delante de su vecino, y de la misma manera que en la primera conjunción pensaba lanzarme de la Tierra a Marte, eligiendo la hora adecuada podría igualmente regresar de Marte a la Tierra. Como dije, estos cálculos me llevaron tres años, y por supuesto mi vida dependía de ellos.

No había dificultad en que llevara alimentos para dos meses. El agua era más difícil; de manera que corrí el riesgo de llevarme agua sólo para un mes, confiando en encontrarla en Marte. Después de todo, hemos observado que allí existe. Aunque parecía cosa segura, no obstante me inquieté todo el tiempo, y bebí tan frugalmente que resultó que todavía me quedaba provisión para diez días cuando llegué a Marte. Mucho más complicado fue mi abastecimiento de aire comprimido en cilindros, mi método de extracción para su uso, y mi utilización del aire exhalado hasta el máximo posible.

Iba a preguntarle acerca de los cilindros cuando interrumpió Jorkens.

—¿Conoce mi teoría sobre Julio Verne y la llegada del hombre a la Luna? —dijo.

–No –repliqué yo.

–Muchas de las cosas que él escribió se han verificado después convirtiéndose en lugares comunes –dijo Jorkens–. Zepelines, submarinos y otras muchas cosas; y él las describió con tanto detalle, tan gráficamente. No sé lo que usted pensará al respecto, pero yo sostengo la teoría de que en realidad esas cosas las conocía por experiencia, especialmente el viaje a la Luna, y luego las convirtió en ficción.

–Jamás había escuchado semejante teoría –dije.

–¿Y por qué no? –dijo Jorkens–. Existen innumerables formas de registrar los acontecimientos. Existe la historia, el periodismo, las baladas y muchas más. La gente no se cree ninguna de ellas muy sinceramente. Es posible que tampoco se crea la ficción, de cuando en cuando. Pero considere cuán a menudo se oye decir: "Esta es la casa de la pequeña Dorrit", "Aquí vivió Sam Weller", "Esta es la Casa Desolada", y así sucesivamente. Eso demuestra que se creen la ficción más que la mayoría de las demás cosas. De manera que ¿por qué no podría haber dejado él constancia de esa forma? Pero le he interrumpido. Discúlpeme.

–No importa –dijo Turner–. Otra cosa que me dejó bastante perplejo y me ocasionó una inmensa preocupación fue la pérdida de presión de la atmósfera, a la cual estamos acostumbrados. Siempre la consideraré el mayor de todos los obstáculos al que debe enfrentarse cualquiera que viaje desde la Tierra. En efecto, si no vendáramos minuciosamente nuestro cuerpo con el mayor de los cuidados, seríamos aplastados por la presión que hay en el exterior cuando el peso del aire ha desaparecido. Habría divulgado detalladamente todas estas cosas de no haber sido por los brotes de incredulidad; los cuales no se habrían producido si hubiera dispuesto de agente publicitario.

–¡Qué fastidio! –dijo Jorkens.

Turner se levantó y paseó por la habitación, fumando como siempre.

Desde luego se habían producido algunos brotes de incredulidad. Ocurrió como con esas cosas que la gente simplemente no acepta, como la Rima de Epstein, sólo que mucho más. Algunas personas tienen mala suerte. En gran parte la culpa es suya. Ocurrió como él había dicho; si hubiera tenido un buen agente publicitario, no se habría producido ningún brote de incredulidad. Le habrían creído sin que les preocupara en absoluto que hubiera realizado o no el viaje.

Se paseó en silencio de un lado a otro, a grandes zancadas.

–Gasté todo el dinero que tenía –prosiguió– en el aeroplano y el equipo. No tenía a nadie a mi cargo, y, si mis cálculos estaban equivocados y no daba con el planeta rojo,

no necesitaría dinero en efectivo. Por el contrario, si lo encontraba y regresaba sano y salvo a la Tierra, imaginaba que no me sería difícil ganar lo necesario. En eso me equivoqué. Bueno, nunca se sabe. El éxito en sí mismo no basta. La gente necesita que su éxito sea reconocido. No había pensado en eso. Y cuanto mayor es el éxito, menos dispuesta está la gente a admitirlo. Lear fue reconocido más rápidamente que Keats.

Encendió otro cigarrillo, como hizo a lo largo de toda su historia cada vez que terminaba uno.

–Bueno, el planeta cada vez se aproximaba más. Cada noche parecía más grande e inequívocamente de color. Más bien naranja que rojo. Solía salir a mirarlo de noche. Más de una vez se me ocurrió la espantosa idea de que aquel resplandor anaranjado podía proceder de restos de desiertos de arena amarilla sin una gota de agua; pero me consolaba pensar en los vastos canales que había visto con nuestros telescopios, pues creía como cualquier otro que se trataba de canales.

En el invierno de 1923 había terminado mis cálculos y Marte, como ya dije, se aproximaba cada vez más. Según se acercaba la fecha, mi tranquilidad iba en aumento. Todos mis cálculos habían concluido y me parecía que cualquier riesgo que pudiera amenazarme estaba ya decidido meses antes, de una manera u otra. Los peligros parecían quedar atrás; los había tenido en cuenta en mis cálculos. Si éstos eran correctos, me llevarían directo; si me había equivocado, estaba condenado de antemano desde hacía dos o tres años. Lo mismo ocurría con los desiertos rojizos que creía haber visto. Dejé también de preocuparme por ellos. Había decidido que el telescopio podía ver mejor que yo, de manera que ahí acabó todo. No podía decirle a nadie que me iba; odio hablar de las cosas que voy a hacer. Aparentemente se debe hacer cuando se trata de una proeza semejante. De todos modos no lo hice. Había una chica a la que solía ver bastante en aquellos días. Se llamaba Amely. Ni siquiera se lo conté a ella. Si lo hubiera hecho, se habría sabido en seguida. Y me habría convertido en el ridículo héroe de una aventura de la que hasta entonces únicamente me había limitado a hablar. Le dije que iba a emprender un largo viaje en avión. Ella pensó que me refería a América. Le dije que estaría fuera dos meses y eso la desconcertó; pero no le dije nada más.

Todas las noches echaba una ojeada a Marte. Cada vez parecía más grande y más rojizo, de manera que todos reparaban en él. Pienso en el diferente interés con que era observado Marte: unos sentían admiración por su belleza brillante con aquel vivo color; otros, desenfadada curiosidad e indiferencia; los científicos esperaban una oportunidad que no volvería a repetirse en años; los hechiceros realizaban sortilegios; los astrólogos vaticinaban portentos; los periodistas escribían artículos; y yo únicamente observaba a solas a aquel lejano vecino, imbuido de unas ideas que nadie más compartía en nuestro planeta. Pues, como ya dije, ni siquiera Amely tenía la menor idea acerca de mis planes.

La noche que partí, Marte no se encontraba en su posición más próxima a la Tierra; todavía estaba a más de cuarenta millones de millas. Ya le dije la razón: tenía que despegar cuando Marte estuviera frente a nosotros. En 1924 llegó a estar a treinta y cinco millones de millas. Pero yo me puse en camino antes.

Naturalmente partí cuando era de noche en la Tierra, y ésta se interponía entre el Sol y Marte, lo que me permitió alcanzar certeramente mi objetivo. Regresar fue mucho más complicado. Cuando digo que alcancé mi objetivo, por supuesto me refiero a que no me aparté demasiado de él. Eso lo entenderá cualquiera que haya volado alguna vez. Bueno, la noche en cuestión fui al aeródromo de Ketling, donde se encontraba mi avión. Había allí uno o dos tipos a los que conocía, y desde luego mi indumentaria les asombró.

—Va usted muy abrigado —recuerdo que me dijo uno de ellos.

En efecto, lo iba. Pues además de mi sistema de vendas para protegerme de la pérdida de presión de nuestra atmósfera, debía abrigarme contra el rotundo frío del espacio. Tendría aquel inconfundible frío de cara, mientras que a la vuelta necesitaría toda la ropa que pudiera llevar a fin de protegerme del Sol, pues esa ropa sería la única protección que tendría cuando dejara atrás nuestras cincuenta millas de aire. La insolación y la congelación podían superarme a la vez muy fácilmente. Bueno, en Ketling eran muy aficionados a que nadie partiera sin tomar por lo menos algo. Ya sabe usted: es mejor comer algo. De manera que empezaron haciéndome preguntas acerca de mi indumentaria. Yo no podía decirles adónde iba. En realidad, hasta que no saqué el avión, no informé a los mecánicos para que quedara constancia de mi partida. Uno de ellos pensó sencillamente que yo estaba de broma y se rió, no exactamente de mí, sino para mostrar su aprecio porque yo bromeaba con él. Simplemente pensó que era gracioso, aunque no pudiera saber exactamente por qué. El otro también se rió, pero al menos sabía de qué le estaba hablando.

—¿Cuanta gasolina lleva, señor? —dijo.

—Quince galones —respondí, hecho que él ya conocía—. Es suficiente para trescientas millas, con lo que me sobraré una cantidad suficiente por si quiero darme un paseo por Marte.

—¿Ida y vuelta en tres horas, señor? —preguntó.

Estaba en lo cierto. Eso es lo que se puede volar con quince galones.

—Me voy —dije.

—Bien, buenas noches, señor —contestó él.

Se lo conté también a un tercero.

–A Marte, ¿eh, señor? –dijo. Le fastidiaba que estuviera tomándole el pelo, como él creía.

Entonces nos fuimos. Yo tenía un sistema de visión que me permitía enfocar perfectamente mi objetivo todo el tiempo que pasé en la oscuridad de la Tierra y dentro de su atmósfera, y en ningún momento perdí de vista a Marte ni abandoné los mandos. Antes de abandonar nuestra atmósfera, aceleré con mi sistema de cohetes y, tras una docena de explosiones, escapé a la atracción de nuestro planeta. Desconecté los motores y dejé de disparar cohetes; el más atroz silencio nos envolvió. El Sol brilló y Marte y las estrellas desaparecieron de nuestra vista; nos quedamos completamente en silencio, en medio de aquella quietud absoluta. No obstante me desplazaba, como usted ahora mismo, a mil millas por minuto. El mutismo era asombroso, las molestias indescriptibles; las dificultades de comer solo, sin congelarse ni sentirse abrumado por el espantoso vacío del espacio, que no hemos hecho habitable, bastaban para hacer retroceder al hombre más resuelto, sólo que no es posible dar la vuelta ni seguir el rumbo sin aire.

Estaba seguro de lograr mi propósito: según mis cálculos, la última vez que vi Marte, la trayectoria era bastante certera. Tenía mucha confianza en llegar; pero pronto empecé a dudar de mi capacidad para resistir un mes en aquellas condiciones. Los días y las noches pueden pasar a veces demasiado despacio, incluso en la Tierra; pero aquel día fue interminable.

El aire comprimido funcionó bien: por supuesto, había practicado con él en la Tierra. Pero el mecanismo que permitía dosificar continuamente la cantidad exacta de aire mediante una especie de casco metálico era tan complicado, que nunca logré dormir más de dos horas seguidas sin tener que despertarme y atenderlo. Por esa razón tuve que poner un despertador muy cerca de mi oído. Mis preocupaciones, supongo, no serían más interesantes que el historial de una larga y penosa enfermedad. Pero, para abreviar, poco después de haber recorrido la mitad del camino, me superaron, y cuando me disponía ya a abandonar y morir, de pronto avisté Marte. En el claro resplandor del amanecer vi un pálido círculo, parecido a la más pequeña de las lunas, casi enfrente de mí, un poco a la derecha.

Eso fue lo que me salvó. Lo miré fijamente y olvidé mis grandes preocupaciones.

No era más visible que la pluma de un pajarillo, en lo alto del cielo, a la luz del Sol. Pero era Marte, sin lugar a dudas, y precisamente en la posición correcta para posarme en él. Sin otra cosa que mirar en todo aquel interminable día, no dejé de contemplar a Marte. Pero no por eso se aproximó más; y descubrí que si quería hallar consuelo a mi hastío en la contemplación del planeta, debía apartar la mirada de él por un rato. No era empresa fácil al no haber nada más que mirar; pero, cuando aparté la mirada

durante una hora o algo así y volví a mirar, pude ver un cambio. Me di cuenta entonces de que no estaba enteramente iluminado, que el costado derecho estaba a oscuras, y que su luminosidad era como la de la Luna en su undécimo día, tres antes del plenilunio. Aparté de nuevo la mirada y luego volví a contemplarlo; así me pasé unas doscientas horas de aquel agotador día. Poco a poco aparecieron los canales, como nosotros los llamamos, y los mares. Aumentó de tamaño hasta alcanzar el de nuestra Luna, y luego siguió creciendo hasta ofrecer un espectáculo como nunca había visto anteriormente ningún ojo humano. A partir de entonces olvidé mis preocupaciones. Ahora distinguía claramente las montañas y poco después los ríos: un brillante panorama se extendía ante mí, revelando secretos que nuestros astrónomos habían imaginado hace más de un siglo. Llegó la hora en que, tras dormir un rato, miré de nuevo a Marte, descubriendo que ya no tenía el aspecto de un planeta, o de un cuerpo celeste, sino que parecía un paisaje. Poco después tuve la sensación de que, aunque mi rumbo no había cambiado, Marte ya no se encontraba frente a mí, sino debajo. Y entonces empecé a notar la atracción del planeta. Todo se balanceaba en mi avión: los barriles, las latas y cosas parecidas; y comenzaban a desplazarse, hasta donde lo permitían sus ligaduras. También sentía la atracción en mi asiento. Entonces me preparé para entrar en la atmósfera.

—¿Y qué tuvo que hacer? —dijo Jorkens.

—Tuve que estar atento —dijo Turner—. Si no, me habría abrasado como un meteorito. Desde luego estaba rebasando Marte, en lugar de confluir con él, de manera que en gran medida nuestras velocidades respectivas se neutralizaban mutuamente. Por fortuna, la atmósfera está enrarecida sólo al principio, como la nuestra, de manera que no te golpea ninguna detonación. Pero para eso necesitaba pilotar un poco el avión. Una vez estabilizado el aparato, volar es muy parecido a como es aquí. Por supuesto puse en marcha los motores tan pronto como penetré en la atmósfera de Marte. Descendí en línea recta, pretendiendo no dejarme ver en una zona demasiado extensa a fin de no excitar demasiado la curiosidad de cualquiera que pudiese haber allí. Puedo decir que esperaba encontrar habitantes, no porque lo supiera o lo hubiera investigado, sino porque la mayoría de la gente así lo cree. No quiero decir con esto que estuviera persuadido de ello, sino que lo que vagamente les había persuadido a ellos, igualmente me había persuadido a mí. Aterricé en una región cubierta casi por completo de bosques, aunque con abundantes claros. El lugar elegido era un claro en un valle, que ofrecía un excelente abrigo a mi avión, pues no quería que se notara demasiado. Esperaba encontrar seres humanos, pero pensaba también no dejarme ver, si podía; no siempre son tan amistosos como los de aquí. En poco más de diez minutos a partir de que encendiera mis motores, aterricé en ese valle. Según mis cálculos, había estado fuera de la Tierra un mes. Cuando salí del aparato, el paisaje no era tan diferente del de la Tierra. Los árboles eran distintos y por supuesto sus ramas fueron lo primero que quise traerme. En realidad cogí un manojo de cinco diferentes especies y lo deposité en el piso de mi aeroplano. Pero lo primero que hice fue reponer mi provisión de agua y beber un trago de un riachuelo que había divisado antes de descender, y que, atravesando el bosque, bajaba por el valle. El agua estaba buena.

Había temido que fuera salada, o que contuviera alguna sustancia química completamente desconocida; pero estaba buena. Y lo siguiente que hice fue quitarme aquel vendaje infernal y el casco para respirar, y tomar un baño en el riachuelo, el primero que tomaba en un mes. No me los volví a poner, sino que los dejé en el avión y me vestí decorosamente, como si quisiera mostrar a los habitantes de Marte algo humano. Después de todo, sería el primero de los nuestros que ellos verían, y no quería que pensarán que éramos como orugas en su capullo. Cogí también un revólver del calibre 45. Bueno, a veces hay que hacer eso. Luego comencé a buscar a esos primos lejanos nuestros. Me crucé con flores maravillosas, pero no me detuve a coger ninguna: únicamente buscaba hombres. Mientras descendía, no había visto ningún rastro de edificios. Sin embargo, cuando no había recorrido todavía ni una milla a través del bosque, llegué a campo abierto, y allí, al borde mismo de los árboles, muy cerca de mí, vi lo que evidentemente era un edificio construido por algún ser inteligente; y bien extraño que era el edificio.

Era un largo rectángulo de apenas quince pies de altura y unas diez yardas de anchura. En uno de sus extremos cuatro paredes sin ventanas y un techo plano tapaban toda la luz en unas veinte yardas, pero el resto se extendía unas cincuenta yardas, protegido por techo y paredes de tela metálica poco tupida, formando una robusta malla del mismo material en que estaba construido todo el edificio.

Y en seguida descubrí que los sueños de nuestros científicos eran reales, pues vislumbré un numeroso grupo de personas pertenecientes a la raza humana, paseando por aquel recinto tan cuidadosamente protegido.

—¡Humanos! —exclamé yo.

—Sí —respondió Terner—, humanos. Gente como nosotros. Y no sólo eso, sino bastante más refinados que los mejores de nosotros, debido probablemente a que el planeta, como yo había deducido a menudo de los libros, se enfriaba más pronto que el nuestro y, de esa manera, en él comenzó la vida antes. Jamás había visto nada más elegante; la edad les había conferido un refinamiento que nosotros todavía no hemos alcanzado. Nunca vi nada más delicado que la belleza de sus mujeres. Había una impresionante simplicidad en sus paseos solitarios, que eran más deliciosos de contemplar que nuestros bailes.

Dicho esto, se puso a recorrer la habitación, arriba y abajo, a grandes zancadas, manteniéndose en silencio durante un rato y fumando frenéticamente.

—¡Oh!, es un planeta odioso —dijo de pronto, y siguió fumando ávidamente. Iba a decirle algo para que siguiera contando su historia, pero Jorkens se dio cuenta y levantó la mano. Evidentemente él conocía ese aspecto de la historia, así como el poderoso efecto que había ejercido en Terner. De manera que le dejamos un momento con sus paseos y sus cigarrillos.

Y después de un rato prosiguió tranquilamente, como si no hubiera habido ninguna pausa.

—Cuando vi aquella malla preparé mi revólver, pues lo consideraba una protección obvia contra cualquier animal poderoso. Por lo demás, pensé, ¿por qué no pasearse al aire libre en lugar de en aquel angosto recinto?

Había unas treinta personas, vestidas con sencillez y elegancia, aunque con un toque un poco oriental desde nuestro punto de vista. Todo era atractivo a su alrededor a excepción de aquella casa uniforme de aspecto sórdido. Me acerqué a la malla y les saludé. Sabía que quitarme el sombrero no significaría probablemente nada para ellos, pero lo hice mediante un movimiento amplio del brazo y una inclinación. Era lo mejor que podía hacer, y esperaba con ello poder transmitir mis sentimientos. Y así ocurrió. Fueron amables y comprensivos, y cada señal que les hacía la entendían inmediatamente, salvo que fuera demasiado torpe. Y cuando no comprendían algo parecían reírse de sí mismos, no de mí. Así eran ellos. Comparado con ellos yo era completamente basto y grosero, medio salvaje; pese a ello, me trataron con toda la cortesía que mi pobre juicio era capaz de entender. ¡Cómo me gustaría regresar allí con un millar de los nuestros!... Pero es inútil, no me creerán. Bien, permanecí allí con las manos en la malla, y comprobé que era de un metal resistente aunque de bastante menos de media pulgada de espesor: podía meter el pulgar fácilmente por sus aberturas, de manera que nos era posible vernos mutuamente con total nitidez. Permanecí allí cuanto pude hablando con ellos, o como usted quiera llamarlo, recordando todo el tiempo que debía haber algo bastante detestable en aquellos bosques para que fuera necesario aquella espesa tela metálica. Jamás logré adivinar de qué se trataba.

Señalé al cielo, en la dirección que probablemente habrían visto brillar la Tierra de noche; en seguida me entendieron. Imagínese entender una cosa así a partir únicamente de mis torpes gestos; obviamente lo lograron. Pero no me creyeron. Y, a continuación, trataron de contarme todo lo referente a su mundo, aunque, desde luego, yo no entendí nada. Me pareció que el mayor obstáculo no era mi desconocimiento de su idioma, sino mi espantosa carencia de cualquier tipo de refinamiento, en comparación con aquellas afables y gentiles criaturas, que tanto pesó sobre mí todo el tiempo que permanecí allí. Una cosa fui capaz de entender. ¿Les gustaría oír hablar de los canales?

—Sí, mucho —repliqué.

—Bueno, en realidad no son canales —respondió él.

—Desde nos encontrábamos podía ver uno de ellos, una inmensa extensión de agua debidamente encauzada. Señalándolo con el dedo, les pregunté por él. Ellos a su vez me señalaron algo: una pequeña luna de Marte, iluminada y brillante como la nuestra,

bien que no me sugería nada. Sabía que Marte tiene dos lunas, pero no veía su relación con los canales. De manera que señalé de nuevo la extensión de agua, y ellos volvieron a señalarme la luna. Como seguía sin entender absolutamente nada, me señalaron el extremo más alejado del canal, perdido en la llanura; y por fin, al cabo de un rato, pude ver que el agua se movía, que era lo que trataban de explicarme con señas. Luego volvieron a hacer hincapié en su luna. Y al final pude entenderlos. Aquella luna pasa tan cerca de la marisma que su atracción arrastra el barro tras ella u el agua entra a raudales en su lugar. Cuando se ha visto una vez parece bastante simple. Nadie excavaría un canal de cincuenta millas de ancho, y esas extensiones de agua tienen por lo menos esa anchura. Mientras que arrastrar agua es precisamente el cometido de una luna.

–¿De veras son tan anchos esos canales? –dije.

–No podrían verse desde la Tierra si no lo fueran –contestó Turner.

Jamás había pensado en ellos.

–Había allí una chica extraordinariamente hermosa –prosiguió Turner–. Pero para describir a cualquiera de ellos se necesitaría el lenguaje de un amante, y además convertirlo en poesía. Nadie me creerá. Hablé con ella, aunque por supuesto mis palabras no le decían nada. Confiaba tanto en su brillante inteligencia que casi esperaba que entendiera cada una de mis palabras, y así lo hizo a menudo. Extrañas aves volaban sobre nosotros, yendo y viniendo del bosque, y ella me reveló sus nombres en la extraña lengua marciana. Mpah y Nto son dos de los que puedo recordar y deletrear; y además estaba Ingu, ave de color naranja vivo y negro, con una larga cola como nuestras urracas. Cuando trataba de contarme algo referente a Ingu, quien en ese preciso momento volaba sobre nosotros, graznando lejos de los árboles, súbitamente me hizo una señal. Yo miré y efectivamente algo salía del bosque.

Durante algún tiempo, Turner resopló en silencio.

–No puedo describírselo. Aquí no tenemos nada parecido. Por lo menos sobre la tierra. Un pulpo tiene una ligera semejanza con eso en cuanto a su cuerpo obeso y sus largas y delgadas patas, aunque éste sólo tenía dos, y dos brazos igualmente largos y delgados. Pero la cabeza y la inmensa boca no se parecían a nada de lo que conocemos. Nunca he visto nada tan horrible. Venía derecho a la alambrada. Inmediatamente me escabullí antes de que me viera, como me había advertido que hiciera aquella encantadora chica. No tenía ni idea de que el grueso alambre había sido entrelazado para protegerse precisamente de aquella bestia. Me escondí en una especie de matorral florido. Todavía puedo recordar su perfume: un aroma dulzón que no se parece a ningún otro de nuestro planeta. No tenía ni idea de si ellos estarían completamente a salvo de la bestia. Y entonces vino directamente hacia nosotros, acercándose a la alambrada. La vi de cerca, completamente desnuda y flácida, a excepción de aquellos miembros cimbreantes. Antes de que me diera cuenta de lo que

estaba haciendo, la bestia levantó una tapadera en el techo y metió uno de sus horribles y largos tentáculos. Anduvo a tientas con extraordinaria rapidez y, cogiendo a una chica, la sacó por la tapadera. Yo me encontraba lejos de la alambrada y no podía disparar. La bestia le retorció el pescuezo a la chica en un momento y la arrojó al suelo, volviendo a meter su brazo. Salí corriendo de mi refugio, pero antes de que llegara a su lado había atrapado a otra joven y la había sacado por la tapadera; y cuando doblé la esquina, le estaba retorciendo el pescuezo. Aquellos hombres habían hecho pocos esfuerzos para huir de la espantosa mano, esquivándola únicamente cuando pasaba a su lado; aunque, cuando escogía a alguno, había poca posibilidad de esquivarla, como ellos parecían reconocer. Y ahora, cuando llegué junto a ellos, estaban todos de pie en un rincón con una solemne resignación en sus rostros.

—¿No podían hacer nada? —pregunté yo. Pues la idea de que una parte de la raza humana estuviera completamente desamparada ante semejante horror era tan nueva para mí que no podía aceptarla. Pero él lo había notado, y lo comprendía.

—No era más que un gallinero —dijo él—. ¿Qué otra cosa podían hacer? Perteneían a esa bestia.

—¡Que pertenecían a eso! —exclamé yo.

—¿No lo entiende? —dijo Jorkens—. El hombre allí no es el gallito.

—¿Qué? —dije con voz entrecortada.

—No —dijo Turner—, así es.

—Es otra raza, ¿lo entiende? —añadió Jorkens.

—Sí —admitió Turner—. Es un planeta más viejo, ¿sabe? Y, por alguna razón, en todo este tiempo se ha adelantado a ellos.

—Y ¿qué hizo usted? —pregunté yo.

—Corrí hacia la bestia —contestó él—. No sé por qué pensé que, por la forma en que los trataba, un hombre no la asustaría fácilmente; de manera que no me molesté en seguirle los pasos, sino que simplemente corrí tras ella según se alejaba llevando colgados por los tobillos a aquellas dos jóvenes. Entonces la bestia se volvió hacia mí y alargó un brazo, y yo le disparé un tiro con mi revólver del calibre 45. La bestia giró en redondo y dejó caer los cuerpos, dando un traspiés mientras agitaba los brazos y gimoteaba por su gran boca. Evidentemente no estaba acostumbrada a ser lastimada. Se alejó gimoteando y yo la seguí; y le disparé dos o tres veces más, y la dejé muerta o moribunda, me daba igual.

El ruido de mis disparos había despertado a todo el bosque. Los pájaros volaron

chillando y piando, y animales que hasta entonces no había visto comenzaron a ulular en las sombras. Entre el clamor general creí detectar unos sonidos que podían proceder de bocas como la de la bestia que acababa de matar. Evidentemente era hora de irse.

"Regresé a la jaula, donde todos contemplaban en silencio y con curiosidad a la criatura muerta. Ninguno de ellos me dirigió la palabra. Entonces comprendí que había cometido un error. Al parecer no se debe matar a esas bestias. Únicamente se volvió hacia mí la chica con la que había hablado de los pájaros, la cual me señaló rápidamente al cielo, en dirección a la Tierra. El clamor en el bosque iba en aumento. La chica llevaba razón: era hora de irse. Me despedí de ella. Me pregunto qué le diría con los ojos. Me despedí con mayor tristeza que antes. Estuve a punto de quedarme. De no haber sido por lo mucho que tenía que contar a nuestra propia gente, me habría quedado allí y habría repartido mis dos docenas de cartuchos entre aquellas repugnantes bestias. Pero pensé que debía volver a la Tierra para llevar noticias. ¡Y al final no me creyeron!

Según pasaba al lado de aquel horrible cuerpo le arrojé una piedra, prefiriendo no utilizar otro cartucho, a causa del clamor del bosque. Pero aquella pobre gente metida en el gallinero no lo aprobó. En seguida podía uno darse cuenta. Su destino era ser devorados por aquella bestia, y ninguna interferencia les parecía buena.

Regresé a mi avión lo más rápido que pude. Nadie lo había descubierto. Todavía estaba en el valle, intacto. Es posible que momentáneamente lamentara un poco el no haber encontrado ningún obstáculo en mi retirada a la Tierra. Eso hubiera facilitado las cosas. Y sin embargo nunca debí haberlo hecho. En cualquier caso, allí estaba mi avión; me subí a él y empecé a envolverme en aquellos vendajes, sin los cuales es imposible sobrevivir en aquel desolado vacío que existe entre nuestra atmósfera y la suya. Alguien asomó por el bosque al oírme entrar en el avión. Me miró como si fuera un zorro, pero yo seguí adelante con mis vendajes. Los ruidos del bosque parecían estar muy próximos. Entonces pensé de pronto: ¿y si fuera un perro y no un zorro? ¿De qué lado estaría un perro en Marte? Difícilmente podía imaginarme que un perro no estuviera del lado del hombre. Pero había visto tantas cosas horribles que dudé. iría a avisarles de que estaba allí. Me di prisas con los vendajes. Pero sentía que estaban pisando la maleza muy cerca de mí. Entonces vi agitarse unas ramas. Y un grupo de ellos salió en tropel del bosque, apresurándose hacia su gallinero. Se encontraban a menos de cien yardas y me vieron. Entonces, aquellas asquerosas criaturas se dieron la vuelta y vinieron hacia mí. Les disparé y puse en marcha los motores del avión. Al parecer alcancé a una de ellas, pero no podía oír nada a causa del estruendo de los motores. Por un momento el disparo pareció desconcertarlas; luego se dirigieron hacia mí, con una extraña mirada en sus asquerosos rostros y las manos extendidas. Únicamente las dispersé. Con su elevada estatura casi podrían haber agarrado mi avión cuando pasé por encima de ellas. Y me fui con todos los vendajes ondeando. Por supuesto así no podía enfrentarme al espacio. Pero tampoco podía vestirme y al mismo tiempo pilotar correctamente el avión. Si me equivocaba en un solo grado, nunca daría con la Tierra. Tampoco tenía más gasolina. Obviamente la había economizado. Pues

no me servía más que para una millonésima parte de mi viaje, durante los aterrizajes. No se puede remover el espacio.

Bueno, recorrí unas veinte millas y descendí en la amplia llanura en la que aquella luna estaba dragando su canal de barro para que nosotros pudiéramos verlo a través de nuestros telescopios. Y tuve que ascender y descender varias veces hasta asegurarme de que aterrizaba en un lugar donde no me quedara atascado, como me sucedió más tarde. El caso es que descendí y seguí vistiéndome. Y mientras tanto se me ocurrió pensar que Marte estaba más consciente de mi presencia allí que lo que yo hubiera esperado. Las aves parecían inquietas, demasiado escurridizas. En todo caso, me encontraba al aire libre y podía ver a quien se acercara. No obstante, me habría gustado haber ido unas cien millas más lejos, si no fuera por la preocupación que sentía de quedarme sin reserva de gasolina más allá de donde sabía que la necesitaría. De manera que me quedé allí y ahorré gasolina, y menos mal que lo hice. Bueno, acabé de vendarme y, mientras observaba el Sol a fin de encontrar el camino de regreso a casa, vi a lo lejos a algunas de aquellas espantosas criaturas. Nunca supe de verdad si me estaban persiguiendo, pero el caso es que apresuraron mis cálculos y me impidieron recoger muestras de rocas y de la flora de Marte, lo cual evidentemente habría impedido la vehemente incredulidad con que fui acogido a mi regreso. Además, las muestras de cinco árboles diferentes, que había recogido en el bosque, desaparecieron cuando me fui precipitadamente la primera vez.

—¿Y no se trajo nada de Marte? —pregunté yo. Pues la historia me parecía cierta y confiaba en que se pudiera probar.

—Nada, excepto una caja de cerillas, rota de una forma muy peculiar. Y sin haber visto al ser que la rompió, tampoco ella le probará nada. Más tarde se la mostraré.

—¿Quién la rompió? —pregunté yo.

—Ya me lo dirá usted cuando llegue a eso —dijo él—. Se la mostraré y usted mismo lo descubrirá.

Jorkens asintió con la cabeza.

—Bueno, lo cierto es que no recogí flores ni ninguna otra cosa, excepto esas ramas que perdí. Sé que debería haberlo hecho. Y tal vez me apresuré demasiado en irme cuando vi ese segundo grupo en la lejanía. Pero había contemplado los rostros de las bestias y únicamente pensaba en ellas. Tenía una cámara fotográfica y saqué unas cuantas instantáneas del paisaje, que deberían haber sido concluyentes. Pero no me la traje a mi regreso. Después le contaré lo que sucedió.

Lo último que hubiera pensado era toda esa incredulidad a mi regreso. Además, las bocas de aquellas bestias repugnantes ocupaban toda mi imaginación. Me apresuré en mis cálculos y regresé en dirección al Sol. Vi varios de esos gallineros, pero poco más

aparte del bosque y las llanuras de barro. Muy pronto Marte adquirió un hermoso color azul cobalto, cuya belleza me puso todavía más triste.

Entonces comenzó de nuevo otro día largo y agotador, en que tanto el Sol como el avión parecían estar inmóviles. Con los motores apagados, sin ningún ruido, inmóvil, sin viento, las semanas transcurrieron lentamente sin señal alguna del paso del tiempo. Era un lugar espantoso; el tiempo parecía haberse detenido.

Había empezado otra vez a desesperarme mortalmente cuando, de pronto, descubrí frente a mí, como una pluma de cisne solitaria en el espacio, la conocida forma curva de un mundo iluminado en su cuarta parte por el Sol. Inconfundiblemente era un planeta. Y sin embargo, y pese a estar contento por aproximarme a casa, una cosa me dejó extraordinariamente perplejo: me pareció que me había anticipado diez días a lo previsto. "Qué asombrosa suerte", pensé, "parte de mis cálculos deben estar equivocados, y sin embargo no he perdido el rastro de la Tierra".

No lo había descubierto tan pronto como descubrí Marte, a causa de su situación tan próxima al Sol. En consecuencia, cuando lo vi era ya bastante grande. Según aumentaba más y más de tamaño, traté de calcular a qué continente me estaba acercando, aunque no importaba demasiado pues disponía de suficiente gasolina para realizar un buen aterrizaje, a menos que tuviera mala suerte. Sin embargo, no podía tratarse del mismo lugar en donde yo esperaba aterrizar, ya que me había anticipado tanto a mis previsiones. El caso es que no pude vislumbrar nada, pues la mayor parte del orbe estaba a oscuras. Y cuando me metí en aquellas tinieblas fue como una bendición después del deslumbramiento del Sol en aquel interminable día. Pues en realidad no hay allí luz, sólo deslumbramiento. En aquella espantosa soledad por ninguna parte entra la luz; únicamente pasa a tu lado como un resplandor. Por fin me metí en la oscuridad y encendí los motores; y volé hasta llegar al primer limbo del crepúsculo, que me suministraba suficiente luz para aterrizar, ya que estaba cansado de mirar el Sol. Y así fue como llegué a hacer un mal aterrizaje y mis ruedas se hundieron en un pantano. No fue eso lo que encaneció mi cabello. Sentí que se me helaba el cuero cabelludo y mi pelo se encaneció, pero no fue por haberme atascado en un pantano. Fue al comprobar, en el mismo momento del aterrizaje, que me había equivocado de planeta. A pesar de la oscuridad, debería haberme dado cuenta antes, cuando descendía: era demasiado pequeño. Mas ahora lo descubría: me había equivocado de planeta y ni siquiera sabía en cuál estaba. La espantosa soledad provocada por el accidente paralizó al principio mis pensamientos. Y cuando empecé a pensar, todo era desconcierto. ¿Qué planetas había entre Marte y el Sol? Solamente la Tierra, Venus y Mercurio. El tamaño apuntaba a Mercurio. Pero había que tener en cuenta que me había anticipado a mis previsiones, no atrasado. O ¿acaso funcionaba mal mi cronómetro? Sin embargo, el Sol, que había surgido hacía unos cinco minutos, no parecía mayor que desde la Tierra. De hecho parecía bastante menor. Tal vez, pensé, era Venus a pesar de todo; aunque era demasiado pequeño incluso para Venus. Y los asteroides los tenía todos detrás de mí, más allá de Marte.

Lo que no sabía entonces era que Eros (y tal vez también otros), a causa de la inclinación de algunos de los asteroides, llegaba a estar a veces a menos de catorce millones de millas de nosotros. De manera que, aunque gira alrededor del Sol más allá de Marte, al que llega a aproximarse hasta una distancia de unos treinta y cinco millones de millas, Eros a veces está más cerca de la Tierra que ningún otro asteroide. De esto nada sabía yo; y, sin embargo, cuando empecé a pensar con sensatez, los hechos acabaron por hablar por sí mismos: me encontraba en un asteroide perdido o desconocido. Debería ser más fácil examinar un cuerpo celeste cuando realmente está uno posado en él, rodeado por sus continentes, que cuando aparece en un telescopio no mayor que una cabeza de alfiler. Mas la tranquilidad, la seguridad, sobre todo ese sentimiento hogareño que tiene cualquier astrónomo, constituyen inestimables ayudas al pensamiento preciso.

Comprendí que había cometido un error al partir de Marte, equivocándome en los cálculos por las prisas, y que tenía la suerte de haber llegado a cualquier otra parte. ¿Quién puede decir, al pensar en lo que podía haberme convertido, quién puede decir mejor que yo que casi me convertí en un cometa?

—Muy cierto —dijo Jorkens.

Terner dijo todo aquello con la mayor gravedad. Evidentemente el peligro le había rondado.

—Cuando me di cuenta de dónde debía encontrarme —continuó Terner—, me puse a trabajar para sacar el avión del pantano, metiéndome en el barro hasta las rodillas. Fue más fácil de lo que pensé. Y cuando lo saqué, lo elevé por encima de mi cabeza y cargué con él unas nueve millas por tierra firme.

—¿Cargó usted solo con un aeroplano? —pregunté yo—. ¿Cuánto pesaba?

—Alrededor de una tonelada —dijo Terner.

—¿Y fue usted capaz de cargar con él?

—Con una sola mano —respondió—. La atracción de esos asteroides es insignificante para cualquiera que está acostumbrado a la de la Tierra. En Marte me sentía muy fuerte, pero eso no era nada comparado con lo que podía hacer allí, en Eros, o dondequiera que me encontrara.

Llegué a la linde de un bosque de diminutos robles achaparrados, del tamaño de los ejemplares enanos de los japoneses. Estuve atento a la presencia de cualquier bestia repugnante como las de Marte, pero no vi nada de ninguna especie. Unas pocas mariposas nocturnas, o al menos eso creí yo, salieron volando de los árboles; aunque, al recordarlo ahora, creo que fueron pájaros. Entonces me dediqué a realizar nuevos

cálculos. Me encontraba ahora tan cerca de la Tierra, que podría alcanzarla si era capaz de despegar del asteroide; eso, suponiendo que fuera acertada mi conjetura (y no lo podía ser más) acerca de la rotación del asteroide. No podía considerar más que una conjetura, pues ni siquiera sabía en qué pequeño planeta me encontraba, y las conjeturas son mala cosa para los cálculos. Pero deben utilizarse cuando no se tiene otra cosa a mano. Conocía al menos cuáles eran las órbitas que seguían los asteroides, de manera que sabía la distancia que tenían que recorrer; pero el tiempo que tardarían en recorrerlas sólo podía conjeturarlo a partir del que empleaban sus vecinos, que yo sabía. Si hubiera estado más lejos de la Tierra, esas conjeturas habrían echado a perder mis cálculos y nunca habría encontrado la forma de volver a casa.

Bien, me senté sin que me perturbara nada salvo mi propia respiración, y realicé esos cálculos con la mayor precisión de que fui capaz. Debía respirar tres o cuatro veces más rápido que en la Tierra, pues no parecía haber allí tanto aire como aquí. Desde luego no debería haberlo en un planeta como Eros. Más que la respiración, lo que me preocupó fue el pensar que sólo disponía de mis motores para despegar, ya que había usado el último de mis cohetes al abandonar Marte, y nunca supuse que los volvería a necesitar. Imagínense que un pasajero de Southampton a Nueva York desembarcara súbitamente en una isla del Atlántico. Estaría mucho menos sorprendido que yo al aterrizar aquí; no estaba preparado. La atracción de Eros, o quienquiera que fuera el planeta, no era demasiado como para no poder superarla; pero la cantidad de atmósfera en la que tendría que despegar seguramente sería también escasa, como el planeta que envolvía. Sabía que podría alcanzar bastante velocidad para despegar de Eros únicamente si disponía de tiempo suficiente para hacerlo y la atmósfera llegaba lo suficientemente lejos. Sabía aproximadamente hasta dónde llegaba la atmósfera, pues la había notado en las alas de mi avión durante el descenso. Pero ¿llegaría lo suficientemente lejos? Ese fue el pensamiento que me inquietó mientras elaboré mis números, respirando como si tuviera mucha fiebre. Mientras afuera hubiera algún tipo de atmósfera que respirar, no necesitaba usar el aire comprimido. Pues las horas de vida que me quedaban antes de llegar a la Tierra dependían de mi suministro de aire comprimido. Bueno, mientras el planeta giraba hacia el Sol y amanecía en donde yo había aterrizado al atardecer, hice proyectos y fijé mi objetivo en la Tierra, sin prisas, cosa que no había hecho en Marte. Tuve tiempo entonces de inspeccionar el bosque de robles, cuyas ondulantes copas se bamboleaban debajo de mí. Dirigí una última mirada a esa caja de cerillas. Trátela con cuidado. ¿Cuál diría usted que fue la causa de ese agujero que presenta?

Cogí de su mano una caja de cerillas Bryant & May, considerablemente destrozada; rota por dentro; con un agujero lo bastante grande como para que pasara un ratón.

—Parece como si algo la hubiese traspasado con mucha fuerza —dije yo.

—No la traspasa —contestó él—. El agujero solamente existe por un lado.

–Se mete dentro –dije yo.

–No del todo. Mire de nuevo –dijo Turner.

Efectivamente se abría hacia fuera. Pero no podía imaginarme cómo se había hecho. Y así se lo hice saber a Turner.

Entonces él llevó la caja de cerillas hasta la repisa de la chimenea, en donde había dos diminutas cabañas de porcelana, y la puso entre las dos, y le colocó un techo de paja que le había hecho a medida. Las pequeñas cabañas tenían aproximadamente el mismo tamaño.

–¿Qué piensa usted de esto? –preguntó Turner.

No sabía nada y así se lo dije, pero tenía algo más que añadir.

–Parece como si un elefante se hubiera escapado de una de las cabañas –dije yo.

Turner se volvió hacia Jorkens, que asentía con la cabeza, con bastante benevolencia aunque con cierto disimulo.

No comprendí aquel intercambio vehemente de miradas.

–¿Qué? –pregunté.

–Eso mismo –dijo Turner.

–¿Un elefante? –pregunté yo.

–Había rebaños enteros en el bosque de robles –dijo Turner–. Cuando al amanecer me incliné a coger una rama de uno de los árboles para traérmela a la Tierra, los vi de repente. Se precipitaron hacia mí y atrapé uno de ellos, un magnífico ejemplar adulto; pero ninguno de ellos era mayor que un ratón. Comprendí que eso debía ser una prueba irrevocable. Tiré la rama; después de todo no era más que un puñado de hojas de roble enano; y metí el elefante en esa caja de cerillas, poniéndole alrededor una goma para que no se abriera. La caja de cerillas la arrojé al interior de una mochila que llevaba encima de los vendajes.

Bueno, podía haber recogido muchas más cosas; pero, como dije, tenía una prueba rotunda y la había llevado colgada a mis espaldas todo el tiempo, oprimiéndome con su peso y haciéndome sentir que me había equivocado de planeta. Es éste un sentimiento del que nadie que lo haya experimentado puede librarse ni por un solo momento. Usted, Jorkens, ha viajado también bastante; ha estado en desiertos y en lugares extraños.

–Sí, las marismas de papiro, por ejemplo –susurró Jorkens.

–Pero –prosiguió Turner– ni siquiera allí, ni más lejos en el corazón del Sahara, puede usted haber experimentado tan irresistible, tan incesantemente, ese sentimiento del que le hablo. No se trata de simple nostalgia, es una abrumadora y omnipresente sensación de estar en un lugar inadecuado; tan fuerte que sirve de aviso amenazador que te repites en tu fuero interno con cada latido del pulso. Es algo que no puedo explicar a aquellos que no se hayan perdido alguna vez en Oriente, una emoción que no puedo compartir con nadie.

–Muy natural –dijo Jorkens.

–Bueno, así que lo tenía todo preparado –prosiguió Turner–, no sólo para mí, sino también para el pequeño elefante. Disponía de un bote de hojalata en el que tenía la intención de meterlo antes de abandonar la atmósfera de Eros, y hallé una forma de renovar el aire en su interior mediante mi propia respiración, que era suficiente para mantener con vida a la bestia. Tenía un trozo de tela verde, ramas de roble, como se hace con las orugas; y agua, y todo era para él. Luego abandoné todo aquello de lo que podía prescindir, a fin de aligerar el avión para el despegue de Eros. Arrojé al pantano mi revólver y los cartuchos, y también fue allí a parar mi cámara fotográfica. Luego me puse en camino y volví a volar por la noche hacia una región de Eros desde donde podía verse la Tierra, colgando por encima del horizonte de su pequeño vecino. En la noche de Eros brillaba una especie de pequeña luna, como una bola de cricket de color turquesa pálido engastada en plata. Apunté con precisión, con todas las tolerancias que había calculado, y me lancé de vuelta a casa volando bajo donde la atmósfera de Eros era más densa. A aquella altura tan escasa, el aparato simplemente adquirió velocidad. Luego llegó el momento crucial en que viré hacia arriba en dirección a mi objetivo. ¿Sería la atmósfera lo suficientemente pesada para que las alas de mi avión siguieran funcionando? Lo era: me dirigía exactamente en la dirección correcta, mientras me alejaba de la noche y la Tierra palidecía a lo lejos. ¿Podría mantener la velocidad? No podía hacer mucho más en aquella tenue atmósfera. Me preguntaba si alguien de la Tierra encontraría mis huesos, o si Eros me atraería de nuevo junto a mi avión. Mas no me olvidaba de mi elefante, y traté de alcanzar la caja de cerillas para arrojarla en el bote; entonces descubrí lo que le he mostrado.

–¿Se había ido el elefante? –pregunté.

–Había embestido, como haría cualquiera de su especie –dijo Turner–. Debí de irse antes de que yo abandonara Eros. Vea por usted mismo, ahora que conoce las proporciones adecuadas, que esta caja de cerillas no sería para él más que una chabola para un elefante de los nuestros. Y contaba con poderosos colmillos. A nadie se le ocurriría encerrar a un elefante en una choza de tablas tan delgadas. Mas nunca pensé en ello. Usted lo comprendió en seguida. Pero yo puse esas cabañas a su lado para proporcionarle a usted la escala exacta. Bueno, por el momento envidié su

libertad. No tenía ni idea de la amarga incredulidad contra la que tendría que enfrentarme. Pensaba más en la lucha decisiva de la que dependía mi vida: la velocidad de mi avión contra la atracción de Eros.

Y de pronto lo conseguimos. Hubo una ligera sacudida de todos mis barriles y botes cuando despegué de Eros. Luego comenzó una vez más un largo día. En su mayor parte lo pasé pensando en todo lo que iba a contar a nuestras doctas sociedades acerca de Marte y de ese asteroide que yo creo que era Eros. Pero estaban demasiado ocupados con su erudición como para considerar una nueva verdad. Sus oídos estaban vueltos al pasado; eran sordos al presente. Bien, bien...

Y fumó en silencio.

—¿Alcanzó usted su objetivo? —preguntó Jorkens.

—Desde luego —dijo Turner—. Por supuesto me ayudó la atracción de la Tierra. De repente la vi brillar a la luz del día, y no parecía estar muy alejada. ¡Oh, qué emoción la de estar volviendo a casa! Al principio la Tierra palideció, luego lentamente se tornó plateada; y creció más y más. Después adquirió un ligero tono dorado, un enorme creciente dorado en el cielo; a simple vista una visión de lo más hermosa, pero que sugiere algo a todo el ser que el entendimiento no logra asir. Tal vez uno se dé cuenta después de todo, mas aun así nunca puede transmitirlo, nunca puede hablar a nadie de aquella dorada belleza. Las palabras no bastan. La música tal vez podría, pero yo no sé tocar ningún instrumento. Me gustaría componer una melodía, ya me entienden, acerca de la Tierra llamándole a uno a casa, con toda esa luz cambiante; sólo que sería condenadamente impopular, ya que no se parecería en nada a lo que la gente suele escuchar a diario.

Bien, logré mi objetivo. Con la ayuda de la gran atracción que la Tierra ejerce, volví de nuevo a casa. El Atlántico era lo único que temía, y lo evité con creces. Tomé tierra en el Sahara, que podía haber sido sólo algo mejor que el Atlántico. Pero descendí del avión y caminé un poco, y cuando llevaba unos cinco minutos de inspección encontré una moneda de cobre del tamaño de una pieza de seis peniques, que llevaba grabada la efigie de Constantino. Había reconocido inmediatamente el Sahara, pero después supe que me encontraba en la parte norte, donde había estado el antiguo Imperio romano, y comprobé que tenía suficiente gasolina para llegar a las ciudades. Me puse de nuevo en camino en dirección norte y volé hasta divisar un grupo de árabes con un rebaño de ovejas o cabras: no es posible especificarlo hasta que uno se aproxima mucho más. Aterrícé cerca de ellos y les dije que había venido de Inglaterra. No era mi deseo asombrarles, cosa que habría conseguido contándoles la pura verdad, de manera que les dije que había volado desde Inglaterra. Y me di cuenta de que no me creyeron. Fue como un anticipo de la futura incredulidad del mundo.

Bien, volví a casa y conté mi historia. La prensa no fue hostil al principio. Me hicieron varias entrevistas. Pero pretendieron que fueran frívolas. Exigían alguna foto mía

despidiéndome con el pañuelo de los amigos que dejaba en Marte. Pero ¿cómo podía yo ser frívolo después de ver lo que había visto? Incluso ahora se me hiela la sangre en las venas cada vez que pienso en ello. Y pienso en ello siempre. ¿Cómo hubiera podido agitar mi pañuelo a esa pobre gente, sabiendo que uno a uno iban a ser devorados por una bestia más horrible de lo que nuestra imaginación puede describir? Ni siquiera sonreí cuando me fotografiaron. Insistí en suprimir los pequeños chistes de las entrevistas. Me convertí en un ser irritable. Taciturno, dijeron ellos. Bueno, era cierto. Y después se volvieron en contra mía. Lo peor de todo fue que Amely no me creyera. ¡Cuándo pienso lo que éramos el uno para el otro! Debería haberme creído.

–Aunque sólo fuera por simple cortesía –dijo Jorkens.

–¡Oh!, fue bastante cortés –apostilló Turner–. Le pregunté sinceramente si me creía, y ella me contestó: "Te creo rotundamente".

–Bien, ahí lo tiene –dijo Jorkens con alegría–. Por supuesto que le cree.

–No, no –precisó Turner, fumando más que nunca–. No, no me creyó. Cuando le conté lo de aquella encantadora chica de Marte no me hizo ni una sola pregunta. Eso no era propio de Amely. Ni una sola palabra acerca de ella.

Durante un buen rato recorrió la habitación de arriba a abajo, fumando con rápidas bocanadas. Estuvo tanto tiempo callado y ajeno a nuestra presencia que Jorkens me hizo una seña y, dejándole solo, nos marchamos de la casa.

[FIN]